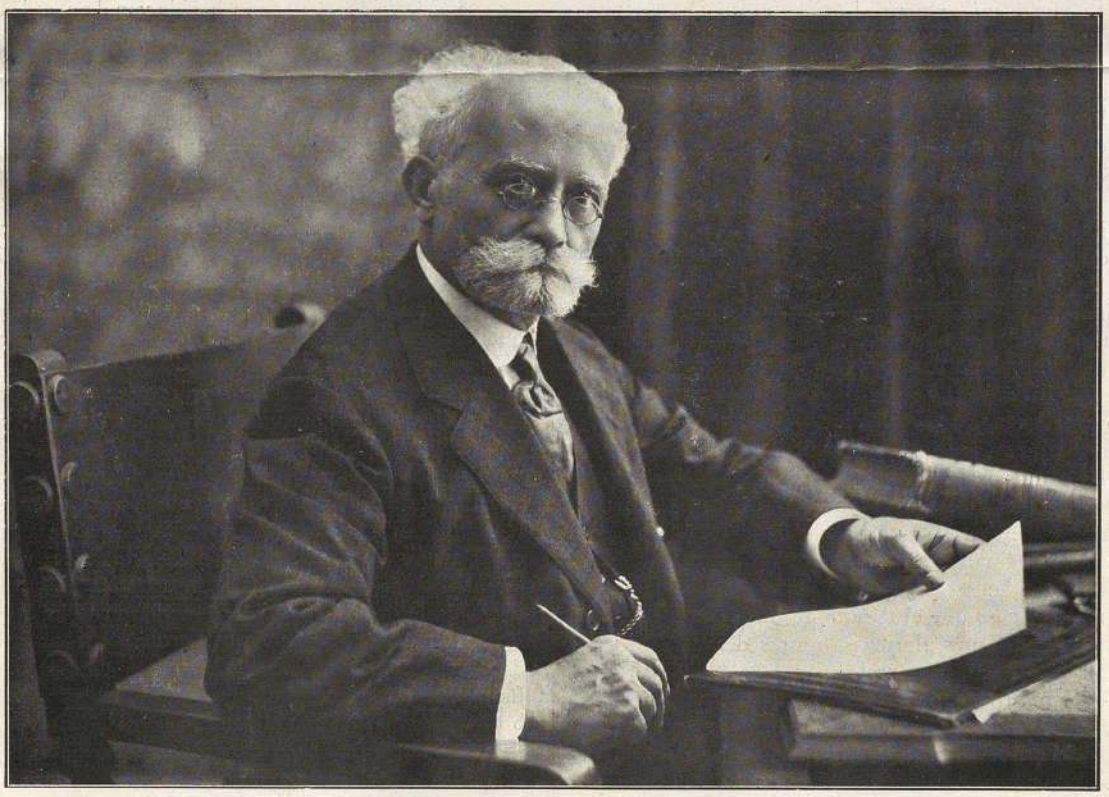
HERALDO ALCANARENSE

20 Céntimos | Alcanar 1.° de Noviembre de 1911 | 20 Céntimos

HOMENAJE AL MAESTRO PEDRELL



DON FELIPE PEDRELL

Clisé Amadeo

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE NINGÚN ARTÍCULO NI FOTOGRABADO

R. 166

Nuestro homenaje

Los pueblos que honran á sus hijos eminentes y saben glorificarlos, se honran y se glorifican á sí mismos.

Felipe Pedrell no ha nacido precisamente en Alcanar, pero tales lazos de confraternidad y cariño le unen á nuestro pueblo, que todos le consideramos hijo predilecto de él.

En estos días en que la ciudad de Tortosa, su patria natural, rinde un tributo de admiración, respeto y cariño al gran maestro, no podía faltar el modesto homenaje de Alcanar, modesto por ser nuestro, grande porque en él hemos de enviar al ilustre músico toda la expresión de nuestro entusiasmo por su obra, de nuestra admiración al artista, de nuestro cariño al hombre.

«Lo escrito, escrito queda»; lo publicado en esta humilde hoja ha de perdurar años y años. El tiempo pasará y esta sencilla muestra del homenaje de todo un pueblo á uno de sus grandes artistas, constituirá mañana un motivo de orgullo y un ejemplo á seguir para nuestros hijos, que, entre el arrobamiento que sientan ante las notas inmortales del maestro, podrán decir, justificando sus palabras: «Pedrell fué un artista, un *elegido;* pero nuestros padres supieron honrarlo. Gloria á todos».

El mismo cariño que pide Pedrell para su persona exige para su música. No es un espíritu como otros músicos, entregados á pasiones convencionales, sino que es un esclavo de ella; genios como el suyo son indispensables para bien del arte. La música es un lenguaje universal, pero en Pedrell lo es en grado máximo. Pedrell ha cultivado todos los géneros, y en todos ha dejado impresa la huella de su genio. Su admirable entronque hacia la nacionalización y cautivadora inspiración resalta en todas sus obras, siendo sus ideas sobre la belleza musical tan exactas y algunas de ellas de tanta aplicación hoy día, que no debieran entregarse al olvido.

Esta es la finalidad que nos propusimos al publicar el Heraldo Alcanarense, publicación en la cual no ha de verse otra cosa que el tributo de nuestra admiración hacia una de las más gloriosas figuras del mundo musical, el arte divino por excelencia.

Modesto resulta nuestro esfuerzo comparado con nuestros deseos. Tal como es, sin embargo, rendimos nuestro humilde homenaje al glorificado maestro, y al depositarlo á sus pies, solo le decimos: «Maestro, aceptadlo. Es pobre, es humilde; pero es sincero. En puridad no es otra cosa que una hoja más de laurel, una flor más para la corona que ciñe hoy vuestras sienes.

Aceptadlo, maestro».

Juan Gisbert

RECUERDO DE LA POBLACIÓN



Obra de J. Tur

Lápida de la calle del Maestro Pedrell

La Música y el maestro Pedrell

(Carta abierta)

Sr. D. Juan Gisbert

Alcanar, 14 de Octubre

Estimado amigo: Tienes decidido empeño en que aporte mi granito de arena al monumento de merecidas honras, que en su patria, y en este humilde lugar, se trata de erigir al insigne Pedrell. Juzgo tu empeño y obsequio muy racionales, por que el gran artista tuvo siempre un lugar preferente reservado en su corazón para el bondadoso amigo, como llamaba á tu inolvidable padre. y estimo obligación ineludible el revelar yo algo de lo mucho bueno que atesoró mi alma, en íntimo contacto con la suya, en aquella época de una juventud reflexiva y estudiosa, en que se formaba el genio de la música clásica y popular, con el trato familiar de hermosos libros, y recogiendo los más dulces y simpáticos usos de esta sin par campiña.

Sabe Dios el sacrificio que me impones al obligarme, con dulce violencia, á enristrar una pluma enmohecida y mal avezada á esas exhibiciones. Pero si mi amigo Oliveres, escribe á la *sombra* su magistral artículo á «La Veu de Catalunya» ¿porqué no he de borronear yo estas mal perguñadas líneas á la luz de este sol brillante de mediodía, oreado con la brisa de este mar azul, que tanto enaltecía mi amigo, y á vista de la modesta lápida con que le vamos á honrar? Digamos, pues, algo de arte y del artista.

Ríete, amigo mío, cuando oyes que el artista nace y no se hace», «La naturaleza no anda á saltos, y nada se hace bueno de repente». El gran artista no se improvisa, y si bien el genio le visita en su cuna, y le marca con el sello de los escogidos, y envía alas ligeras para levantarse sobre todas las miserias y grandezas terrenas á las puras regiones de lo ideal, de la luz y belleza divinas, la gestación de la vida artística es laboriosa, como es lenta la formación de todo lo sólido, hermoso y permanente, y sabido es que el objeto del arte verdadero es reproducir todas las bellezas de la naturaleza física, intelectual y moral, para expresarlas con la palabra, con el sonido, con el color, ó con la piedra...

Ni es esto solo: el artista se levanta con el ala del genio sobre el modelo que tiene ante sus ojos en busca de una luz más bella, que entrevé más allá de lo creado, y por esto no es un mero copista, sino el creador, ó, si lo estimas más propio, revelador de las maravillas ocultas. Por esto el arte verdadero es esencialmente religioso. En las cumbres del arte, decía San Bernardo, parece Dios más familar. Y los paganos Platon y Fidias aconsejaban á los artistas que levantaran la vista del modelo creado á otro increado. No se exagera nada cuando se dice que el arte es de origen divino. El mismo espíritu de Dios lo ha consagrado, dice Fenelon. Es el artista ese Prómoteo que roba el fuego divino para esparcirlo en haces de luz y de armonía sobre las tristezas humanas.

Sentir vivamente la belleza, tener esa delicadeza de órganos que descubre las armonías de los seres, es el privilegio con que Dios enriquece al artista. De esa sensibilidad moral é intelectual brota la chispa de ese fuego, más divino que terreno, tesoro de amor que ennoblece al artista, que no prostituye los dones de Dios.

La música es, en mi pobre concepto, la más bella entre las bellas artes, en su doble acepción de idea y ejecución. No ignoro que se coloca la literatura en el primer peldaño del divino templo del arte, por su vecindad y parentesco con las potencias anímicas; pero yo no comprendo al músico eminente sin el literato, y por otra parte estimo el arte de la música más universal. Esos cielos que cantan la gloria de Dios, y esa tierra que pregona sus maravillas, condensan el himno universal de gratitud y armonía. La visión apocalíptica de la gloria va siempre acompañada del cántico de los Angeles, *Cunuti angeli,* y de los Justos, en su *cántico nuevo.* El músico inteligente es el verdadero filósofo que condensa todos esos sones en haces de luz, de armonía, de amor, buscando con paciente y profundo trabajo su origen, su relación, su correspondencia, para diluirlo en armoniosas notas, que vayan á herir y despertar las fibras más delicadas del alma y embellecer las tristezas de la vida. Su poder sobre los sentidos, sobre la imaginación y sobre el corazón, es casi siempre inmenso. ¿Que corazón lo resiste? Aquellas almas de bronce, aquellos corazones de piedra, *cor lapideum,* como dice el Profeta, que se muestran fríos, insensibles al atractivo de la melodía, son generalmente más ó menos egoístas y crueles, mientras que las almas que la música conmueve y encanta, son comunmente tiernas y cariñosas, dulces y compasivas, abiertas á la piedad, mejor dicho, á la caridad cristiana. Sin duda debe entenderse en ese sentido á San Agustín, cuando dice: «que aquél que no es sensible á la armonía no está predestinado á salvarse». Hasta el odioso Nerón, de todas las leyes solo respetaba la de la armonía. Así se comprende que la música formara entre los antiguos filósofos una rama importante de esta ciencia, y que la Iglesia, desde su fundación, la haya asociado íntimamente á su liturgia, hasta el punto de que, si no es la parte más esencial, constituye su más valioso ornamento.

¿Y qué es la vida sino una serie de sonidos, que se llaman los unos á los otros como una música interior de nuestros órganos? Las simpatías vienen á ser las consonancias; nuestros cantos se modulan sobre esa melodía interna y no son más que las resonancias de las voces del alma, unidas á los ecos diseminados por la naturaleza. Por eso el verdadero artista es el hombre de Dios para ayudar al Apóstol de la verdad á difundir la belleza, que, según San Agustín, es el orden, la unidad, la armonía, y, según Platon, el explendor de la verdad misma.

¿Quieres, amigo mío, ver todo esto hermosamente expresado? Lee la carta que acompaño del gran artista, escrita hace 33 años desde París, y que guardaba como oro en paño, por que la juzgaba como una verdadera *autobiografía* de nuestro amigo. Te autorizo á publicarla con su beneplácito; sin soñarlo siquiera, cuando la escribió, es hoy de maravillosa oportunidad. Ese es Pedrell, dirá quien la leyera y comprenderá el valor de nuestros homenajes.

Pedrell.—Hasta los 25 años tuve muchas veces en



Foto de J. Tur

Vista general de Alcanar

intimo contacto con el mio su corazón y puedo asegurar que sus latidos eran siempre nobles, armoniosos y levantados. En aquella edad desconocíamos las artes de la ficción y vanidad, é ignorábamos los abrojos y espinas que ocultaba el fondo de la vida debajo las galanas flores de una juventud mimada. Estas deliciosas playas y exhuberantes y amenísimas huertas, nos convidaban á las dulces expansiones de una delicada y respetuosa amistad. Las horas trascurrían veloces amenizadas con la lectura de los autores más en boga á la sazón, Balmes, Chateaubriand, Castro Serrano, Fernán Caballero, Pastor Díaz, El Campoamor del Absoluto, Trueba, etc.; en amigable consorcio con Dante, Milton y Tasso, y entrelazadas con deliciosos cantos, algunos de ellos originales y escritos allí mismo sobre las últimas impresiones recibidas. Y ciertamente una de las obras que nuestro biografiado leía con verdadera fruición era «El Ultimo Abencerrage», deteniéndose en la lectura para llamarme la atención sobre sus bellezas. Así que, en los variados paseos entre bosques de verdura de estas frondosas huertas, se detenía estático al oír la cadenciosa canción del hortelano, que le parecía una lejana reminiscencia del cántico dulce y pausado del árabe, ó me llamaba la atención para que viera en la tez atezada y ovalada de garrida hortelana, el retrato de zegríes y abencerrages. ¿Qué duda cabe que de aquí nació su primera ópera «El Ultimo Abencerrage»? Lleno de canas é infor-

tunios, triste sino de los grandes artistas, al visitar de nuevo, tras largos años, estos lugares de dulces recuerdos, traía «Los Pirineos» en estado embrionario.

Pedrell ha sido siempre la actividad provechosa personificada, y ora leyendo ó escribiendo música, investigando pacientemente, ó copiando cuadros del natural con sus más vivos colores, no ha dado paz á su inteligencia, corazón y pluma. Y así se ha formado el eminente artista.

Al hablar de Pedrell no debe olvidarse á su respetable maestro Nin. Además de preceptor, fué mentor y guía. Nin fué un carácter, y á través de ruda corteza, ocultaba un corazón de oro, que latía al impulso de todo lo noble y hermoso. Se sabe que fué un músico sentimental é inteligente; pero se desconocen sus aficiones literarias, que, con la labor musical, compartían todas las horas del día. Pedrell adelantaba rápidamente bajo sus auspicios, y empujado por su privilegiado talento, en las dos ramas más espirituales del arte, la literatura y la música. Y por eso Pedrell es el músico-literato. Me detengo en este concepto, por que es como la clave de todo su mérito.

Un día el maestro Nin se dignó visitar la modesta celda del seminarista. Era en los comienzos de 1865 y conmovido me dijo: «Pedrell me ha tocado y cantado su última composición, basada en la hermosa poesía «Tocan las campanas». Yo estaré muerto, etc.», y tan sentida y hermosa era la música que me ha hecho llorar. Y, no lo olvides, Felipe será una eminencia musical, y un día adquirirá fama universal!» Confieso que, aun teniendo el mismo presentimiento, me conmovió tan autorizado testimonio.



Clixé de J. Vilabert

Plaza Mayor de Alcanar

Dos años antes, en un viaje que juntos hicimos á Valencia, pernoctamos en uno de los más preciosos santuarios de este Obispado, y en menos de dos horas compuso una bellísima Salve, que cantamos allí mismo. ¿La conserva? ¿Aprovecharía alguna idea para la gran Salve del Congreso Eucarístico?

Acabo este ya pesado escrito con una anécdota y un recuerdo. Habían trascurrido algunos años sin vernos: distintas vocaciones, nos habían impuesto destinos diferentes. La fama pregonaba ya su nombre, envuelto aún en recelos y resquemores. Se había representado «El Ultimo Abencerrage» cuando nos vimos en su amada Ciudad. Tras el abrazo correspondiente dije: «veo que subes rápidamente la escalera del templo consabido de la fama, pero temo que el «provechos» no ha sonado de la fama, pero temo que el «provechos» no ha sonado en tu modesto hogar con su aldaba de oro, mientras enriquece á los zarzuelistas A, B, etc.»

Y sin vacilar un punto me contestó: «Amigo, apesar de las reiteradas instancias, no me he alistado en la famosa hermandad de alabanzas, honras y provechos. ¿Me entiendes?» Fué una revelación que presentía, y por ello le felicité con toda mi alma.

Más de grado ó por fuerza, ya no hay velo tan tupido que oculte ese brillante astro en su explendente carrera.

Gloria á Tortosa, que en poco tiempo ha dado á luz tres grandes genios; tres gigantes en el arte. Mi venerado amigo del alma Rdo. Sol, maestro en el arte de santidad. El amigo de mi juventud Pedrell, gran maestro en el arte de la Música, y el famoso escultor Querol, maestro en el arte difícil de la escultura.

FROILÁN BELTRÁN

Una carta del maestro [1]

D. J. FROILÁN BELTRÁN

Muy querido amigo: Activo menudeo de correspondencia no supone siempre afecto real y amistad verdadera: casos hay como el mío, deberes que quizá nosotros mismos nos creamos, en que aquélla se hace enojosa y pesada, aunque sea para mantener en pie intereses creados, ó calientes esas amistades de cumplimiento, de las cuales todo el mundo está lleno, y más que todos ese extraño ser que se llama un artista: esto pensaba casualmente estos días destinados á felicitarnos mutuamente y desearnos todo género de prosperidades, siempre en igual época del año; y entre muchas frases reglamentarias que brotaban de la pluma, dirigiendo la mano la cabeza y no el corazón, me maravillaba con éste, que hablaba otro lenguaje que el de la pluma, que no tuviéramos valor para desprendernos de esa tutela extravagante de lo convencional, lo cumplimentero, lo ridículo, en fin, cuando había tanto que gozar y tanto que sentir solamente en el recuerdo de hechos y sucesos de la vida, verdaderos afectos y sanas emociones que han dejado huella y huella muy señalada en la vida.

Por todas estas razones, lo estoy adivinando, esta carta caerá como una bomba en ese apartado y delicioso retiro, no á turbar su tranquilidad, que envidio, sino á recordar, en efecto, aquellos hechos y sucesos de la vida, que, sí como para V. y para mí son afortunadamente de la mejor época de la juventud, de la edad de los grandes alientos, ni V. ni yo los hemos olvidado, porque han formado al hombre y los amamos porque sabemos el bien que nos han hecho. Si es cierto que en el corazón humano hay páginas escritas de maravillosos poemas, ésta es uno de ellos, y no hay arte que pueda darles forma expresiva. ¿Lo creerá V., amigo mío? En los libros he estudiado poco, y en las estéticas creo á medias, pero confieso que me dejo llevar á ojos cerrados cuando siento removido ese fondo de ternura de los recuerdos ó de las emociones más bellas de las horas mejores de la vida, y si alguna vez la inspiración ha rozado mi pobre frente, es que se ha sentido conmovida por aquel fondo insondable lleno de preciadísimas riquezas y que, en verdad, son un arte, un arte grande y sublime. Así es que, rogando poco y mal á Dios, no obstante, es una de las cosas que con más frecuencia le pido: corazón para sentir, emociones, amor, gratitud, bondad, ejemplos de virtud, grandes acciones que encerrar en él como en un santuario. Hé aquí de que manera rezo yo, glorificando á Dios por el arte. Si en el arte viera solamente á los hombres, lo hubiera despreciado y no le amara con la pasión que usted conoce. Por eso tengo para mí que el alma de un artista debe parecerse á la de un solitario; debe huir de las glorias preñadas de dolores, de envidias ó de vanidades, para buscar las *glorias* que no pasan jamás; el artista busca la sublime belleza viéndose ennoblecido y acalladas sus pasiones; y es tal el deliquio del alma por esa sublime belleza que, como el solitario de otros tiempos, se destierra voluntariamente, lo sacrifica todo, lo que ama, las felicidades, las prosperidades, los triunfos embriagadores; que sobre esas prosperidades, y esos triunfos, y esas felicidades está esa ansia, sed inefable que se calma un momento, siéndole dado contemplar durante un minuto (¡minuto que es una existencia!) esa sublime armonía que oirán los elegidos y que en cierto modo Dios, por el arte, la adelanta á los artistas que la presienten.

Pero ¡cuán ruda es la tarea, amigo mío! Olvidarse y encerrarse, hacerse el solitario en medio del bullicio del mundo, pasar en él como un desterrado, no hallar calor en otros corazones, salir á la plaza pública, tomar por asalto la tribuna popular llena de oradores falsos y echarles en cara sus apostasías indignas: cual nuevo Quijote, poniendo en su escudo el mote contenido en esas tres llaves, que, como dice un gran poeta, lo abren todo: la *cifra*, la *letra*, la *nota*: salir á desfacer entuertos y agravios al grito de *saber, pensar, soñar*... ¡oh! todo esto es duro, muy duro, amargo, sublimemente quijotesco ó terriblemente desconsolador. Cuando en iguales días del año pasado, luego de haberse bañado mi alma en la suave contemplación de la Roma de las melancolías, y después de haber contemplado un paraíso posible en la tierra, Nápoles, Sorrento, Capri, Ischia, iba á buscar unos días de paz, retiro y estudio entre los sabios monjes benedictinos de Monte Cassino, me decía: —la Edad media fué muy compasiva construyendo esos asilos del saber para las almas solitarias de aquella ruda edad, los sabios, los santos, los que conservaron la fé y el saber, amenazados por las hordas bárbaras: ¿qué asilo les ha construído la Edad moderna á esas otras almas solitarias hijas del arte? ¿qué «Monte Cassino» del arte les ha elevado?—

¡Qué suaves melancolías, para no olvidadas jamás, me ha dejado ese viaje á Italia, amigo mío! Algo conocerá V. de ellas, á haberse publicado mis «Viajes artístico-musicales» que escribí á mi llegada á París y que, gracias á la calma de mi editor, permanecen inéditos todavía.



Clixé de G. Vilabert

Iglesia parroquial de Alcanar

Después de las gratas melancolías, las enfermizas amarguras. Instintivamente odiaba á París, mucho más conociéndolo de cerca ¡qué quiere V.! Es otro castigo para las almas de esos que llamo modernos solitarios, condenados á vivir en medio del bullicio que les ahoga y de la corrupción que les asfixia: ese centro de civilización (¡!) les dá el bautismo. De cerca esa civilización es toda mentira, mentira el arte, la política, la literatura, hombres, monumentos, todo; y todavía no he podido compaginar como siendo todo mentira podrá salir un día un Quijote por calles y encrucijadas diciendo á voz en cuello—esto solo es verdad, el arte que no miente, no halaga pasiones ni vanidades, que modifica, corrige, eleva y santifica.—¿Será verdad, lo será muy pronto, que el arte se acaba y que la industria, aplicada al egoismo, á lo utilitario, se ha apoderado de él? Si es cierto, aca-

(1) Esta carta, escrita por el eminente maestro, hace 33 años, es á la que hace referencia en su artículo D. J. Froilán Beltrán. Las hallamos que mediante este documento nos inducen á reproducirlo, con la seguridad de que han de agradecerlo nuestros lectores.

bemos en paz lo que Dios nos haya impuesto á cada uno; apresuremonos á escribir la última armonía del dolor sobre una edad que se fue, y no queramos ver ni asistir á las infames disipaciones é impías elucubraciones de la edad de tinieblas que se acerca, la edad de la materia.

Pero esto sería desconsolador; todavía nos quedan alientos á los buenos; los circos modernos pueden contener todavía apiñadas filas de gladiadores que saluden al César de la tribuna emplazándole ante Dios; todavía puede haber martirios parciales: aquella sublime redención no se ha de dejar de sentir hoy, mañana, siempre, á través de las edades.

Que no sea trágico el efecto que le causen estas líneas, pues me creería todavía sobreexcitado por la musa trágica que acabo de abandonar estos días, después de haber puesto la última nota á mi *Roi Lear*, ópera en francés sobre la célebre obra de Shakespeare, que conocerá usted sin duda. Debo mudar de estro enseguida, cantando una *Cançó del Llatí* para las fiestas que las *Sociedades romànicas* y todos los *felibres* de los pueblos latinos dan en Montpellier en Mayo próximo, y de cuya gran cantata estoy encargado, así como de todo lo que se refiere á la parte artística de la fiesta. ¿Y que más que después de haber estudiado á fondo este pueblo en teoría, voy á estudiarlo *prácticamente*, quizás muy pronto.

Los corasones que me aman me seguirán, como hasta aquí me han seguido en mi peregrinación, y Dios haga que á todos los abrace un día, diciéndoles: ese es el tesoro de amor que os devuelvo en creces, porque me habeis amado mucho.

Háblame de V. le ruego, de su buena familia, de Lucas y César en especial, del bonachón amigo Gisbert, á quien, le suplico, así como á toda su familia, ofrezca en mi nombre esta su casa.

Recuérdeme asimismo á M. Andrés y M. Fibla, y vaya un fuerte abrazo del amigo que de corasón le quiere

FELIPE PEDRELL

París, 9 Enero 1878

22, rue de Bouillé, Paris-Passy

Un recuerdo

Atentamente invitado por respetable personalidad, para escribir unas líneas sobre el justo, aunque humilde, homenaje dedicado al eminente musicólogo D. Felipe Pedrell, se me representa el caso tal cual es, y veo la gran distancia que hay entre lo mucho y bueno que se puede decir del gran genio musical y la pequeñez de esta pluma oxidada por la ignorancia.

En vano busco los medios para cumplir, aunque sea en parte, con la misión solicitada: solo encuentro el de trazar estas dos palabras... *¡¡No puedo!!*

¡Cuántas veces en el trascurso de la vida, pronunciamos visiblemente conmovidos esta frase!

Apenas nuestros ojos se abren á la luz del mundo, cuando lo exterior nos ilusiona; nos atrae cualquier objeto; pretendemos decir algo y, después de estentóreos esfuerzos de la garganta, no resulta más que un inocente lloriqueo. Si en aquel momento la criatura tuviera conciencia de su obra, exclamaría... ¡¡No puedo!!

Vemos un grupo de niños que, jugando en el campo, cruzan con alegría la fase más hermosa de nuestro rapidísimo viaje; tratan de mover una piedra, sus potencias no son suficientes para vencer la resistencia que opone aquélla, y les oímos decir á coro con la desilusión en los labios... ¡¡No puedo!!

Llegamos á la edad viril, formamos innumerables proyectos para lograr nuestros deseos y, después de infructuosas investigaciones, viene á coronar nuestro trabajo la repetida frase... ¡¡No puedo!!

La vejez nos presenta sus tristes realidades y encontramos al hombre con la faz demacrada, los cabellos revestidos de nieve y plata; sus músculos adormecidos y casi insensibles: sin embargo, lucha con sus enemigos hasta que pronuncia gravemente... ¡¡No puedo!!

No es extraño, pues, que yo, usando mantillas y sonsonete; apenas abiertos los ojos á la luz de la literatura; mi fuerza de niño no siendo bastante para vencer los escollos que el caso presenta; mi pluma, en fin, tan adormecida como los músculos del venerable anciano, exclame con la inocencia del niño y la resignación del viejo... ¡¡No puedo!!

Efectivamente, me es imposible trasportar al papel las impresiones que siente el corazón, viendo como se honra, en la persona del Maestro Pedrell, al esclarecido talento, recto criterio é imperecedero genio musical.

Nunca mejor que ahora puede emplearse la palabra *Maestro*, pues acostumbrados á prodigarla á cualquier artista que sepa cuatro notas, es lo cierto que existen pocos *Maestros* que puedan llevar este título, tan justificado por todos conceptos.

Llegado aquí ¿qué quereis que diga del gran compositor?... ¿No lo dicen ya otras plumas mejores que la mía?...

Más no haré punto sin evocar un recuerdo gratísimo.

Era el año 1897, el «Ateneo Científico, Literario y Artístico» de Madrid, comprendiendo que para muchas personas se imponía la necesidad de ampliar ciertos estudios, desarrollándolos en la forma que la ciencia hoy exige, había creado una Escuela Superior, con el valioso concurso de nuestros primeros hombres en el saber.

Entre las diferentes asignaturas que se trataron en dicho curso de 1897-98, no habían de faltar, como es natural, las de Bellas Artes, encargándose de una de ellas al ilustre compositor y maestro de la Escuela Nacional de Música y Declamación, D. Felipe Pedrell.

En magníficas y explícitas disertaciones, desarrolló el tema «Historia y Estética de la Música», completando su demostración con numerosos ejemplos ejecutados al piano.

Aún nos parece estar viendo la simpática y respetable figura del sabio maestro ante el numeroso y escogido auditorio de ambos sexos, que estaba, con avidez creciente, escuchando su autorizada y elegante palabra.

No hemos de seguir paso á paso el estudio tan brillante y concienzudo del Sr. Pedrell; basta que conste las numerosas y valiosas felicitaciones que recibió por su notabilísimo trabajo; y al propio tiempo el acierto de la Dirección de estudios al encomendar á tan digno profesor la exposición de una de las perlas que constituyen la diadema de las Bellas Artes.

Uniendo mi humilde, pero sincero aplauso, á los muchos que recibe el eminente maestro, me permito exclamar *¡¡¡ Gloria al Genio!!!*

MIGUEL ESTELLER

El último aplauso

¿Qué voy á decir yo de Pedrell? No soy quien, ni hace falta lo que yo pueda decir. Otros han hablado respecto del Maestro con más autoridad y más conocimiento de causa. Sin embargo, ya que hemos empezado á hablar, algo habré de decir, aunque se haya dicho ya mejor y más autorizadamente. Una opinión más, aunque pobre, pero franca y expontánea, y otro aplauso, aunque humilde, pero sincero, no han de estar de más.

Pedrell es un verdadero artista, un coloso de la música, con personalidad propia. Su labor es inmensa y profunda, capaz para acreditar, no solo á un hombre, sino á una nación. Aparte su erudición, que hace que sea Pedrell el Menéndez y Pelayo de la música, es un revolucionario como Wagner, menos ruidoso, pero tanto ó más trascendental, que ha sabido encarnar el verbo de la canción popular elevándola al grado musical más alto, haciendo avanzar un paso de gigante al arte sublime de la música y asentando firmemente la base de la ópera nacional española.



Altar mayor de la iglesia parroquial de Alcanar

Pero á Pedrell no se le conoce lo bastante, sobre todo en casa, para poder apreciar debidamente el gran mérito de su obra inmensa, y de ahí que aún se le discuta. Pero ¿a qué hombre grande no se le ha discutido? Sin embargo, en Pedrell acontece lo que yo, pobre de mí, no esperaba tan pronto; que se adelanta á la posteridad el fallo de su mérito, y se le reconoce y se le admira. En este glorioso y laudable reconocimiento, tomada la palabra en su sentido más alto, no diré yo que no entren en mucho la intuición y hasta el presentimiento ó doble vista que alcanza al porvenir; pero el caso es que se homenajea al maestro Pedrell, por lo que debemos felicitarnos.

Tortosa ha dado una prueba de gran cultura, pero la que da Alcanar es todavía más sorprendente. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. No será escaso ni dejará de ser legítimo el mérito—una cosa tan discutida siempre por todas las ignorancias y todas las envidias—del señor Pedrell, cuando los de vista menos lince lo ven y reconocen.

Aunque sea yo quien lo diga, pero otros de más talla y que pueden decirlo lo han dicho también, la obra colosal de Pedrell, cuyo mérito reconoce y aplaude el mundo entero, honra grandemente á España. Aparte el mérito de la vulgarización, que extiende y fomenta la educación musical, elemento principalísimo de cultura, progreso y felicidad del pueblo, tiene el mérito de la erudición, asombro y encanto de los amantes de la ciencia, y el mérito de la inspiración, admiración y recreo de los amantes del arte. Un verdadero portento musical. Podrán decir los científicos que Pedrell, grande siempre, es más grande llenando las cuartillas que llenando el pentágrama; pero para los artistas, para los verdaderos artistas, se agiganta más la figura colosal de Pedrell escribiendo notas musicales que trazando notas literarias. Aquí es donde Pedrell es más músico, pero músico con personalidad propia, músico que tiene *su* música, música *musical*, música verdadera, música pedrelliana. El verbo de la canción popular hecho carne, la canción popular invadiendo y fertilizando el terreno de la música: he ahí la obra magna de Pedrell. Aunque sea yo el que lo diga, los que lo afirman son otros, muy otros, y á ellos me atengo, por más que, sino á cultura científica, á educación artística, á gusto musical, que venga otro.

De modo es que tiene motivos España para vanagloriarse legítimamente, y Tortosa y Alcanar, además, para obtener el parabién más cumplido. Loor á Pedrell y gloria á España, cuyo nombre ha puesto aquél muy alto.

A. M. SANCHO

Tipo de raza

Yo no sé del placer de los dioses.

Yo no conozco á Pedrell, el músico eminentísimo, de quien hemos oído cosas peregrinas á los profesionales; no comprendo al Wagner español, porque corto y remiso en todos los géneros de filosofía, menos acierto á comprender el más abstruso de esos géneros, la filosofía del arte musical: no comprendo al crítico y al didáctico que ha rellenado de centones lírico-literarios todas las bibliotecas y ha hecho de la prensa periódica el órgano del nieto de Decaulión y la lira de Orfeó, el cantor de Tracia; no conozco, ni por el forro, al mágico autor del *Compte l'Arnau*, de *El Último Abencerrage*, de *La Celestina* y de la sublime trilogía *Los Pirineos*; no sé, en una palabra, nada de nada del erudito musical, del compositor incomparable y del gran polígrafo lírico.

¡Y el amigo me pide unas cuartillas dedicadas al maestro Pedrell!

Ya me guardaré muy mucho de escribir esas cuartillas, y líbreme Dios de aproximarme al Maestro, ni en ésta ni en otra forma alguna; porque yo, que no sé del musicólogo, sé, en cambio, del hombre, sé del tortosino, sé del grandísimo humorista.

Y aquí del fuerte de mi cuerda, que ha de servirme á maravilla para sortear las dificultades de esta sirte en que me hallo metido, por mal de mis pecados literarios y por la impertinente oficiosidad de la gerencia perio-

dística, que me está tirando con el horrible garfio, para que escriba de mirlos blancos.

¿Quería usted que hablara de Pedrell? Pues ahí está lo que sé del gran tortosino. Que realmente es un gran tortosino; que es la flor y la nata y la quinta esencia del tortosinismo andante y maleante; que es la encarnación prototípica de la raza: un ilustre humorista, un redomado tomador de pelo. Cara de africano puro, con unos ojos que le saltan de las órbitas, lengua larga, para estar hablando horas de mil cosas distintas, siempre muy bien, muy atinado, y mano lista, para acariciar suavemente, implacablemente, la cabellera de sus víctimas. Es el soberano desquite que el Maestro ha tomado contra sus émulos, contra los que en España han hecho oficio de la rastrera tarea de roerle el zancajo á nuestro Wagner.

El tortosino ha sido la mejor coraza del músico, el genio de nuestra raza ha sido el vengador de los altivos desdenes de la mediocridad ofendida y de las insinceridades y flechazos de la envidia.

Si Tortosa no tuviera otros cien títulos en que fundar la admiración que siente por su hijo predilecto, tenía sobrado pretexto para honrarle, para ensalzarle y glorificarle, en esa vulgarización de la étnica del país que Pedrell ha sublimado con su *causerie* inimitable.

El humorismo tortosino era ya antes de ahora una escuela acreditadísima, había producido ópimos frutos en nuestra ciudad, había constituído el regodeo de muchas generaciones, alimentadas al calorcillo suave de nuestros conventículos y trasboticas, convertidos en manantial inagotable de cultísimas gracias, salpimentadas de picardías y chanzonetas; pero faltaba la alta consagración de la característica del país, y Pedrell, el gran Pedrell, entre solfa y solfa, ha ido derrochando por el mundo la sal de la tierra, y á él se le debe el milagro de la difusión del humorismo tortosino.

Esto es lo que sabía yo del Maestro.

J. MATAMOROS
Canónigo

La calle del maestro Pedrell en Alcanar

Como nota histórica creemos conveniente publicar el acta de la sesión del Ayuntamiento de Alcanar, en la cual se acordó dar el nombre del maestro Pedrell á una de las calles de esta villa. Hé aquí el citado documento:

«Don José Manau y Torres, Secretario del Ayuntamiento de la villa de Alcanar, provincia de Tarragona

Certifico: Que en el libro corriente de actas celebradas por este Ayuntamiento, custodiado en la Secretaría de mi cargo, en la de la sesión ordinaria del día diez del actual, entre otros, consta el siguiente acuerdo: «Uno de los asuntos que con preferencia fué tratado por la Corporación, ha sido el de tributar especialísimo homenaje al eminente crítico y compositor musical, Don Felipe Pedrell, no solo por ser una gloria nacional en el arte que cultiva, sí que también, y más principalmente, por ser hijo de la ciudad de Tortosa, cabeza de este distrito judicial. A tal efecto, y para que perpétuamente conste la merecida distinción con que este Ayuntamiento, en nombre de sus administrados, se asocia á la iniciativa de los tortosinos de honrar al admirado musicólogo, por unanimidad acuerda adquirir una lápida de mármol en la que se ponga la inscripción de *Calle del Maestro Pedrell* y colocarla en una de las más céntricas de esta villa. Y para que el homenaje resulte más completo y acabado, se acuerda igualmente invitar al insigne Maestro se digne concurrir al acto del descubrimiento de la lápida que previamente se habrá colocado en el sitio más visible que señale la Comisión de Fomento de esta Municipalidad, recabando, al efecto, el señor presidente, del homenajeado, señale el día que más á propósito sus ocupaciones le permitan asistir á tan memorable acto».

Concuerda lo transcrito con el contenido de su original á que me remito. Y para que conste libro la presente, visada por el señor Alcalde, en Alcanar á veinte de Septiembre de mil novecientos once. —*J. Manau Torres*.—V.° B.°: El Alcalde, *Sancho*.

Suscripción para el homenaje al maestro D. Felipe Pedrell

	Pesetas
Magnífico Ayuntamiento	25'—
Excmo. Sr. Marqués de las Atalayuelas	15'—
M. I. Sr. D. Francisco de Ayguavives	10'—
M. I. Sr. D. Joaquín de Suñer	10'—
Sr. D. Juan Povill Miró	5'—
Rdo. Párroco Dr. D. J. Froilán Beltrán	5'—
Rdo. D. Máximo Fibla	2'—
Rdo. D. Joaquín Moliner	1'—
Rdo. D. Rómulo Monfort	1'—
Rdo. D. Juan Bta. Chimeno	1'—
D. Olegario Gisbert	10'—
D.ª Conchita Cases de Gisbert	5'—
D. Olegario Gisbert Cases	2'—
D.ª M.ª Teresa Gisbert Cases	2'—
D.ª Conchita Gisbert Cases	2'—
D.ª Anita Gisbert Cases	2'—
D. Antonio Gisbert	5'—
D.ª Carmen Espuny de Gisbert	2'—
D. Miguel Gisbert Espuny	2'—
D. Antonio Gisbert Espuny	2'—
D. Juan Gisbert Espuny	2'—
D.ª Providencia Gisbert, viuda de Durán	2'—
D. Juan Gisbert	5'—
D.ª Carmen Vidal de Gisbert	2'—
D. Juan Gisbert Vidal	2'—
D. Miguel Gisbert	5'—
D. Ramón Reverter	1'—
D.ª Rita Beltrán de Reverter	1'—
D. Nicolás Martínez	1'—
D. Juan Bta. Beltrán	3'—
D.ª Josefa Flores de Beltrán	2'—
D. Lucas Beltrán	5'—
D. César Beltrán	2'50
D.ª Rosa Rubio de Beltrán	1'—
Suma y sigue	143'50

	Pesetas
Suma anterior	143'50
D. Enrique Beltrán	2'—
D.ª Dolores Beltrán	1'—
D.ª María Beltrán	0'50
D. Manuel Canalda	1'—
D. Joaquín Villalonga	5'—
D. Francisco Reverter de la Torre	2'—
D. Lucas Beltrán Ulldemolins	3'—
D.ª Elena Castellá de Beltrán	2'—
D. Ricardo Sancho	2'—
D. Angel M.ª Sancho	2'—
D. Juan Bta. Sancho	1'—
D.ª María de los Angeles Sancho	2'—
D.ª Matilde Sancho Canicio	1'—
D.ª Joaquina Beltrán	2'—
D. José Manau	3'—
D.ª Estrella Manau	2'—
D. José Nolla	2'—
D. Andrés Balada	2'—
D.ª Providencia Balada	1'—
D. J. Ramón Gisbert	3'—
D.ª Elvira Esteller de Gisbert	1'—
D. Ramón Gisbert Esteller	0'25
D. Alfredo Gisbert	0'25
D.ª Felisa Gisbert	0'25
D.ª Amelia Gisbert	0'25
D. Miguel Esteller	2'50
D.ª Agustina Esteller de Esteller	1'—
D.ª Ramona Esteller	1'—
D.ª Pilar Ferré Esteller	0'50
D. Javier Ulldemolins	2'—
D. Agustín Reverter Ulldemolins	2'—
D. Antonio Figueres	1'—
Suma y sigue	195'—

	Pesetas
Suma anterior	195'—
D. Juan Bta. Ferrer	2'50
D. Miguel Chimeno	3'—
D.ª Mercedes Canalda de Chimeno	2'—
D. Miguel Chimeno Canalda	1'—
D.ª Josefina Chimeno Canalda	1'—
D. Vicente Fabregat	1'—
D. Ignacio Fabregat	1'—
D. Agustín Baila	1'—
D. Domingo Vizcarro	1'—
D. Juan Panisello	1'—
D. Agustín Monfort	0'50
D. Francisco Cid	1'—
D. Vicente Bort	1'—
D. Andrés Valls	1'—
D. Sebastián Selma	1'—
D. Angel Gimeno	1'—
D. Alfonso Sanz	1'—
D. Juan Bta. Royo	0'50
D. Antonio Valls	1'—
D. Froilán Segarra	1'—
D. Juan Vallés	1'—
D. Lorenzo Valls	1'—
D.ª Mariana Gil de Valls	1'—
D.ª Concepción Valls Gil	0'50
D.ª María Valls Gil	0'50
D. Andrés Subirats	1'—
D.ª Pilar Valls de Subirats	0'50
D.ª Anita Subirats Valls	0'50
D. Pedro Canalda	1'—
D. Manuel Gasó	0'25
D.ª Adela Amor	0'25
D. Juan Bta. Morralla	1'—
D. Jorge Royo	1'—
D. Rómulo Vallés	1'—
TOTAL	229'—

IMP. "ATLAS GEOGRÁFICO" CONSEJO DE CIENTO, 140. - BARCELONA